

# EL 17 DE MAYO

may 17/36 *DM*

¡Noche pavorosa la del siniestro! Yo no sé por qué a ese incendio acudimos casi todos los bomberos y gran número de paisanos. Tal parece que un presentimiento amargo de lo que iba a suceder nos llevó a los que allí nos encontramos: en busca de sus parientes unos, por mera curiosidad otros, y los más en cumplimiento de la obligación que voluntaria y desinteresadamente nos hemos impuesto, por puro amor a la humanidad.

Pasado el momento terrible del espanto que puso en los ánimos de todos el ruido seco y ensordecedor de la explosión devastadora, anchas columnas de fuego revolviéndose en loco torbellino, como lenguas rojizas en la boca de una serpiente monstruo, reaparecieron amenazantes, mas, no ya en un edificio incendiado, sino convertidas en hoguera, sobre la ruina de un desplome. ¡Cuánta amargura, nos decían, con mudo silencio, que sepultaban aquellos montones de escombros humeantes, bajo los cuales más de una pobre víctima exhaló su último suspiro, en medio de agudos dolores y crueles tormentos, enjugando sus lágrimas de moribundo, en vez de suave pañuelo, la tierra húmeda de las paredes desmoronadas! ¡Cuánta tristeza, cuánta muerte! La enorme montaña de broza, cascote y hierros que por los dos lados de las ruinas, y en la calle, se levantaba imponente, parecía rústico cementerio de ermitaños, donde una verja, un madero o un peñasco, a manera de humildes mausoleos, bastan para señalar la tumba de un justo, de un mártir o de un héroe.

La estación sanitaria era lo más triste: las escenas que allí se desarrollaban, hubieran ablandado el corazón más insensible y duro, arrancándole llanto de misericordia y oprimiéndole con el peso inflexible de la conciencia de la catástrofe. Ver las camillas que entraban y salían, cruzándose en la calle y en la casa, y todas ellas cargadas de heridos o de muertos que dejaban sobre dos mesas, allá en el fondo del patio, para, a la luz mortecina y pálida de unos hachones, identificarlos, a pesar de los golpes y desgarraduras que les arrancaran la vida; y a los heridos sobre unos catres manchados de la sangre que otros heridos dejarán al ser curados; ver ese espectáculo horripilante, tristísimo, desconsolador, martiriza el alma y embota la conciencia aguijoneada por tanto sufrimiento, alestargada por tanta impresión dolorosa. Llega a ponerse algo insensible. Quien viera, como veíamos nosotros, a los compañeros, a los amigos, a los parientes, yertos, apiastados materialmente, con los cráneos deshechos y el cerebro saliéndose apedazos por las roturas; con los rostros desfigurados y el terror, sin embargo, marcado en ellos; quien tal viera, no podría, por menos de llorar con la amargura del desesperado, y sentir-

se presa del espanto y la lastima que infunden en las almas tiernas y los corazones nobles, la desgracia llevada al colmo; quien tal viera apartaría los ojos del montón exánime y luego siempre, en sus ensueños y desvelos, febril, nervioso, conservaría el espectro de aquel cuadro dantesco, horrible, persiguiéndole como una pesadilla, como persigue al criminal el fantasma de su víctima.

Y no son los cuerpos de Bomberos y Orden Público sólo los que han visto desaparecer a miembros suyos en la avalancha de los segados por la implacable Intrusa, no; es toda la sociedad habanera la que ha perdido hijos de los más queridos: es La Habana entera la que padece el tormento de la desventura, del suceso infausto y extraordinario que ha alterado el ritmo regular de nuestra vida ciudadana. Es Cuba, nuestra madre Cuba, la que está de pésame, la que está de duelo.

En este sacrificio de los mártires de la abnegación, y del heroísmo, los Bomberos hemos perdido a nuestros jefes amados; Musset, un sobrino del gran poeta romántico de

Francia, el digno vicepresidente del Cuerpo del Comercio; Francisco Ordóñez, uno de los fundadores y entusiastas, uno de los que, mostrándose valientes, llegaron a enaltecer el Instituto a que pertenecieran, y del que era primer jefe de la Primera Sección; Oscar Conill, joven, rico, dichoso en su tranquilo hogar, con esperanzas hermosísimas, y jefe de la Quinta Sección; Zencowich, Andrés Zencowich, el alma de los bomberos municipales, arrojado, tenebrosario, hombre de noble corazón y sano espíritu; bomberos rasos de ambos Cuerpos, mártires de su deber, y los hermanos Alvaro, Gastón y Raúl, el caso más doloroso de todos, porque son dos. Esto es horrible. Que una madre pierda así a dos hijos de sus entrañas, a dos pedazos de su corazón. ¡Esto es tremendo! Como plomizos nubarrones que ennegrecen el cielo en momentos de tempestad, agólpanse las ideas de pavora en nuestros cerebros, al meditar sobre este hecho, sobre la muerte de tantos jóvenes llenos de ilusiones y esperanzas, con porvenir hermoso, con presente más o menos feliz, y arrancados del seno de sus familias, de entre los brazos de sus amantes madres, del lado de sus esposas o prometidas, de en medio de la sociedad en que vivían. Pero es peor aún, más penoso, más triste, lo de los hermanos Alvaro, porque son dos, dos a la vez ¡y de qué manera! Lloro, corazón, llora, que el llorar hoy te honra. ¡Desgraciados! Hasta el cielo parecía que lloraba, con su lluvia menuda, la tarde del entierro, la muerte de las víctimas del 17 de mayo.

Y Francisco Silva y Alfonso, Paeo Silva, como le llamábamos todos los que le conocíamos, Cónsul de una floreciente República sudamericana, aún no frisaba en los veintiocho años; Rodríguez Alegre y Coloma,



A

2

dos íntimos de Paco Silva, dos cariñosos amigos de la mejor juventud: dos muchachos de la Acera del Louvre: todos muertos; todos exánimes, magullados por el derrumbe. ¡Y cuántos heridos además! ¡Cuántos que salvados por la Caridad, luchan hoy a brazo partido entre la vida y la muerte! El pobre Inocencio Valdepares, mocetón rollizo y lozano, un bello atleta, encanto de sus padres y admiración de sus compañeros, bajó a la tumba, víctima también. ¡Si al menos hubiese quedado herido! Pero no; ¡muerto! Cuando la rueda del implacable Destino se echa a rodar enfurecida, en vértigo siniestro, sobre un pueblo, resulta inútil el huir de ella, pues sólo el aire que deja en la carrera, basta a tronchar las vidas, a arrojar en huesa el cuerpo exánime del infeliz predestinado. ¡Pobres víctimas! ¡Pobres compañeros míos! En la gloria, allá arriba, junto al trono del Dios bondadoso, vosotros tenéis un puesto, que los héroes, los mártires y las víctimas que cruzan por el mundo, sin mancharse en el fango de las miserias humanas, gozan, llegada la hora del eterno descanso, de los deleites del Paraíso prometido por Jesús de Nazaret, vosotros sois los ungidos con el óleo del sacrificio por la humanidad ingrata.

Y no es posible consolarse, ni resignarse siquiera, porque la resignación y el consuelo supondrían pobreza de espíritus que pronto quieren olvidar los sinsabores, las tristezas a que nos condena el Destino fatal. Antes bien: nada de resignación ni de consuelo: sufrir, sufrir en lo hondo del pecho la conmoción de la catástrofe, saborear con amarga melancolía, con morbosos deleite el tremendo dolor que nos agobia, que ya e tiempo—muy en contra nuestra—irá mitigando el pesar que hoy nos embarga. Ya el tiempo se encargará de aminorar el duelo. Pero por mucho que tarde, nunca nos parecerá que hemos sentido bastante la desgracia, que hemos llorado lo suficiente, pues el llanto no basta por copioso que sea, para todo lo que hemos perdido. Las madres, hermanas y viudas de altos valerosos ciudadanos muertos en la flor de su edad, no perecerán de hambre, no les faltará una tela con qué cubrir sus carnes, ni un techo bajo el cual cobijarse, ni un trozo de pan que llevarse a la boca, que el pueblo en masa coadyuva a su socorro. Vivirán pobremente; pero vivirán. Sólo las víctimas, por esa ironía despreciativa de la existencia, dejarán mañana el hueco de la atención pública a

otros acaecimientos ruidosos que emocionen los corazones y excite los cerebros; las víctimas pasarán con el ruido de su muerte, y lo que dure el eco, esa será la vida palpitante de la catástrofe. ¡Las víctimas! Sus cuerpos destrozados reposando entre la tierra recién removida de las sepulturas; sus almas en las alturas, en el pedazo de cielo que, por mártires, se han ganado; y cuando llegue todos los años la fecha del siniestro que los arrancó del cómputo de los demás hombres, las plegarias del sacerdote cristiano irán a despertar del sueño de los justos, de ese sueño rojizo de los que sucumben en el sacrificio, mientras entre nubes de incienso pide el sacerdote misericordia al Todopoderoso y balbucea sus nombres. Así es el mundo: sólo en los aniversarios recordamos los que arrastramos la cadena de la vida, a los que un tiempo fueron también presidiarios del mundo, como nosotros, y por buenas acciones y heroicos hechos, indultados por el Dios de los cristianos, huyeron de las galeras que nosotros llamamos ciudades y países.

He aquí por qué quiero conservar lo más posible el recuerdo del 17 de mayo. Por no ser ingrato una vez siquiera. Y vosotros, mártires, perdonad el olvido que llegará con los años, que nuestro es el mundo, y de vosotros, mártires, de vosotros es el reino de los cielos. Adiós, hasta que nos veamos, si es que nos vemos.

César de MADRID  
(F. de P. Coronado).

Mayo de 1890.

(Epílogo de la obra «Héroes de la Humanidad», por D. Andrés de Castro, publicado en junio de 1890.)

*Mayo 17/36*

